



Tomás y el fondo marino

Tomás vivía en un pequeño pueblo costero donde las olas acariciaban la arena y los pescadores contaban historias sobre las profundidades del mar. Fascinado por aquellos relatos, soñaba con descubrir los secretos del océano.

Un día, después de una tormenta, encontró una antigua brújula entre las algas y las conchas. No señalaba hacia el norte: su aguja giraba sin parar hasta quedar fija en dirección a un punto del mar. Movido por la curiosidad, decidió seguirla.

Con la ayuda de Dídac, un viejo marinero, navegó hacia aquel destino misterioso. El cielo se llenó de colores intensos y el agua pareció brillar con luz propia. Al llegar al lugar indicado, la brújula comenzó a girar como loca.

Tomás y Dídac se sumergieron en las aguas cristalinas. Un camino de corales luminosos los condujo hasta una cueva secreta. Allí encontraron peces cuyas escamas cambiaban de color, medusas que brillaban como estrellas y una amable tortuga gigante con una corona de coral.



Con voz profunda y tranquila, la tortuga explicó que la brújula era un antiguo objeto creado para proteger el santuario. Solo podía encontrarlo alguien que respetara de verdad el mar y a sus criaturas.

Impresionado y agradecido, Tomás prometió proteger aquel lugar. Al volver a la superficie, él y Dídac decidieron guardar el secreto y contar únicamente historias que ayudaran a las personas a admirar y cuidar el océano.

Desde entonces, Tomás continuó explorando y aprendiendo del mar con respeto por todas sus maravillas.

Enseñanza del cuento

La naturaleza revela sus tesoros a quienes la observan con curiosidad y la protegen con responsabilidad.